

SI DIOS NO EXISTE...
por LESZEK KOLAKOWSKI
Editorial Tecnos, España, 1985

R Este libro trata de los vastos temas que preocupan a la filosofía de la religión, y comienza analizando las dificultades que entrañan estos mismos términos. Luego intenta exponer en forma clara e iluminadora las diversas posiciones que los filósofos han tomado, en la reflexión de estos problemas, desde la antigüedad hasta nuestro tiempo. Pero este arduo trabajo no se queda en la mera descripción histórica, sino que el autor propone a cada paso su punto de vista, haciendo doblemente enriquecedora la lectura de este ensayo. Además, el texto trae citas intercaladas y siempre atinentes, que nos transportan al pensamiento directamente expresado desde sus mismas fuentes: Meister Eckhart, Malebranche, Orígenes, Jaspers, Lao Tse, Bhagavad Gita, Chandogya Upanishad, y otras muchas que se encuentran claramente ordenadas en un índice de autores y materias.

En el primer capítulo el profesor Kolakowski se ocupa de lo que llama el Dios de los fracasos: Teodicea. Comienza analizando el clásico dilema de la Teología entre omnipotencia divina y mal en el mundo. Para ello recorre la posición de los epicúreos, en la que Dios ha de ser malo o impotente, o ambas cosas. Piensa el problema desde San Agustín hasta el postulado del mejor de los mundos posibles propuesto por Leibniz, en el que parte de su perfección está manifestada por la capacidad del hombre de ser libre y, por tanto, de elegir el mal. Frente a esto desarrolla la tesis propuesta por otros filósofos que consideran que Dios pudo haber cambiado las leyes a su antojo, haciendo del mundo algo enteramente distinto de lo que es. El autor intenta exponer la idea, a partir del sistema cartesiano, de que este punto de vista impide el camino de la Naturaleza hasta Dios al romper el nexo entre la esencia divina y su legislación efectiva, como ya lo viera anteriormente Blaise Pascal. Su argumento se centra en la dificultad que implica adjudicar atributos temporales a Dios. Es así como Spinoza acierta al afirmar que a Dios, por ser tal, no debe predicársele ni necesidad ni libertad, en la significación que nosotros damos a esas palabras. De esto se desprende que cualquier teología especulativa, sin un acto de fe (en el sentido de confianza) es vana. Confiamos en un orden cósmico total frente al que no podemos esgrimir ningún argumento proveniente de la experiencia, por tanto, según el autor, la presencia de Dios en el mundo será siempre ambigua: sólo podemos demostrar que la idea no es contradictoria ni incoherente. Esta verdad de orden negativo no puede ser genuinamente atacable desde el punto de vista empírico, pero tampoco es el resultado de tal conocimiento. En este sentido nos movemos en la esfera agustiniana: "credo ut intelligam".

Luego el profesor Kolakowski se ocupa del Dios de los razonadores (cap. 2). Aquí propone la idea de que el logos religioso ha sido históricamente un discurso apologético. Resume con extraordinaria concisión los argumentos que intentan probar la existencia de Dios. Comienza por las cinco vías de Santo Tomás exponiendo las críticas que Kant dirigió contra estas pruebas. Después recoge las pruebas provenientes de los físicos, cuyo punto de llegada sería la consideración de una "calculadora gigantesca" que no tiene ninguna relación con el destino y vicisitudes de los hombres. Al revisar el argumento cartesiano, el autor llega a la conclusión de que el concepto de infinitud aquí planteado es pura negación y, además, que la causa sea proporcional al efecto no tiene un significado obvio. Propone como ejemplo una discusión entre un empirista y un creyente, a modo de diálogo, y concluye que jamás se pondrán de acuerdo en un criterio de conocimiento o de valor cognoscitivo: todo será, a fin de cuentas, un problema de elección

epistemológica. Con respecto al argumento ontológico suscribe la crítica kantiana, en cuanto a que la existencia no es un predicado real. En síntesis, el autor expone las opciones metafísica y fenomenalista, mostrando que son irreconciliables, puesto que ambas toman una decisión arbitraria desde el punto de vista lógico.

En el capítulo tres aborda el Dios de los místicos y el eros en la religión. En su sentido restringido, habiendo ya desechado las acepciones despectivas del término, una experiencia será considerada como mística si la persona que es objeto de ella siente que está en contacto directo con Dios. Ahora bien, esta experiencia no puede ser comunicada en su cualidad original. Desde aquí, el profesor Kolakowski reflexiona sobre las dos corrientes que se pueden derivar: el panteísmo y el maniqueísmo. También analiza los criterios teológicos y morales que pueden decidir si los que buscan a Dios por la vía mística han de ser considerados en la vida de la Iglesia. Pero lo importante es que desde este punto de vista puede ser diferenciada claramente la naturaleza misma de lo sagrado en términos cognoscitivos; lo que un filósofo enuncia en términos confusos, el mítico lo ve. En este momento el autor comienza una elaborada revisión del problema del enfrentamiento entre razón y fe: el antiintelectualismo, el averroísmo y su teoría de las dos verdades. El problema surge cuando la razón es definida sobre la base de las normas del procedimiento científico. Nace así la oposición entre Ilustración y Tradición, y también el modernismo, con su interpretación simbólica de la fe religiosa. Pero en lo referente a la filosofía de la religión, el místico y el escéptico son hermanos gemelos en epistemología: en cuanto a la confianza en el lenguaje y su posibilidad explicativa, los extremos se tocan.

Lo sagrado y la muerte (cap. 4) consiste en una reflexión acerca de la esperanza de una existencia sin fin, relacionada con la adoración a una realidad eterna. Analiza los postulados de una filosofía de la historia afirmando que no es posible comprenderla si no es desde un eterno depositario de sentidos. Aún así, la creencia, la fe, no debe apoyarse en pruebas empíricas, puesto que la fe en Dios y la creencia en la inmortalidad son lógicamente separables.

En el capítulo cinco el autor se ocupa de lo que significa hablar de lo inefable, de la relación existente entre el lenguaje y lo santo, y la necesidad de los tabúes. En cuanto al empirismo, las reglas de verificabilidad, falsabilidad y la posibilidad de predicción están fuera del lenguaje religioso. Cuando el empirista afirma que "las creencias religiosas son empíricamente vacías" es coherente, pero cuando concluye que "son carentes de sentido" se equivoca. Posteriormente el profesor Kolakowski recorre diversas características específicas del discurso religioso en oposición al profano. Las fundamentales pueden sintetizarse en que en el discurso científico y diario los actos de entender y creer son separables, en el religioso, por estar íntimamente ligado al culto, no lo son; el lenguaje empirista (pese a ser una invención artificial de los filósofos) intenta ser universal, en cambio el lenguaje de lo sagrado no lo es. Desde aquí podemos ya completar el título inconcluso de este libro: Si Dios no existe... todo está permitido. El autor con esto se refiere a que fuera de un principio absoluto y trascendente, que sólo la religión lo puede dar, no hay otro lenguaje que pueda sostener la real convicción en las creencias morales. Y la importancia de los tabúes será que ellos enlazan necesariamente el culto de la realidad eterna con el conocimiento del bien y del mal.

ANDRÉS COVARRUBIAS CORREA